

LOS PECES DE TOÑITO

—La gracia de la criatura es Antonio. Es la que trajo. Nació el 13 de junio, día de San Antonio de Padua.

Así decidió Ña Laureana cómo había de llamarse su hijo. Por apellido llevaría el suyo: Tenorio. Puesto que no era legítimo, no había para qué mencionar a su padre.

Sus compadres serían sus mejores patrones: don Simón y doña Sofía, para quienes ella venía trabajando como lavandera desde hacía años.

De inmediato el nombre de Antonio declinó en Toñito. Creció menudo, como para justificar el diminutivo.

—El color lo ofende— solía decir la señora Celinda al referirse al hijo de Laureana.

En verdad, Toñito nunca se sintió ofendido por el color. Jamás mostró resentimiento por su pigmentación, ni en su pecho alentó envidia o rencor hacia los blancos.

Mostró desde tierna edad una irresistible inclinación por las cosas de la Iglesia. Tan pronto se sintió hábil para ello, le manifestó al cura de la parroquia su deseo de ser monaguillo. El padre Valencia se encariñó con el muchacho, a quien aceptó por monaguillo y utilizó para toda clase de menesteres.

En compensación, el padre Valencia se dedicó a darle letras a su acólito, quien se inició en ellas con la lectura de EL AÑO CRISTIANO y las biografías de los principales doctores y santos de la Iglesia.

Nació en Toñito culto especial por el santo a quien debía su nombre. Ambicionaba él, a fuer de su paradigma, morir mártir como los cinco franciscanos ante cuyas reliquias juró sacrificarse el santo lusitano.

Nunca se sintió tan feliz como el día de su primera comunión. Recibió la Eucaristía junto con otros muchachos de su misma edad. Ellos iban trajeados de blanco, como correspondía a la ocasión. El ocupó lugar entre ellos y vestido con calzón de tela ordinaria y blusa de manta-sucia y descalzo.

Ese día Toñito hizo la promesa formal ante Dios de marchar por el mundo con los pies desnudos, como habían marchado los más grandes santos de la Iglesia.

Por no haber asistido nunca a la escuela pública, no intimó con los muchachos del pueblo, ni participó en sus juegos, ni aprendió de sus malicias. Sus lecturas religiosas apenas le dieron un presentimiento de lo que podían ser los pecados de la carne.

Cuando encontraba a sus padrinos caía de hinojos ante ellos y con toda humildad les pedía su bendición.

—Dios te bendiga y te haga un santo, ahijado — era la invariable respuesta de ellos, mientras trazaban en el aire una cruz.

Diez años acababa de cumplir el niño cuando incurrió en el primer acto de su vida que había de ser motivo de comentarios de todo el pueblo por varios días. El ciego Jacobo, quien solía recorrer el poblado en súplicas, dejó de salir un sábado por enfermedad de su lazarillo. Súpolo Toñito y corrió al siguiente día muy temprano a la choza del ciego.

— Buenos días, señor Jacobo — dijo ante la puerta del pordiosero. — Sé que su muchacho está enfermo y vengo a ayudarlo a usted hasta que él se cure.

— ¿ Y tú quién eres y quién te manda? — preguntó el menesteroso.

— Yo soy Toñito. Toñito Tenorio, hijo de Ña Laureana, la lavandera, y me manda San Antonio de Padua, mi patrón.

Aprestó Jacobo el fardel en el que recibía las limosnas y el largo bastón que estiró hacia Toñito, quien lo tomó con la mano derecha y el muchacho, adelante y el ciego atrás, recorrieron de puerta en puerta todo el poblado.

Aquel primer acto público de humanidad efectuado por Toñito dio lugar a aplausos y críticas.

— El hijo de Ña Laureana — se está preparando para no trabajar. Ya está aprendiendo el oficio de mendigo.

— Siempre he dicho que ese muchacho es un santo — declaró la señora Celinda.

Aquel acto fue eclipsado por otro de mayor abnegación. En el pueblo había un hombre de nombre olvidado, a quien todos llamaban Churú. Hacía trabajos de jornalero, pero todo el mundo lo miraba con repugnancia. Tenía las piernas totalmente llagadas y con frecuentes manchas purulentas.

Toñito se presentó la mañana de un domingo temprano a la choza del llagoso, provisto de un balde, una totuma y un pan de jabón, obtenidos de la generosidad de su padrino.

—Buenos días, señor Churú— dijo al llegar a la puerta.

— Buenos días, muchacho — contestó el llagado — ¿Qué se te ofrece?

— Vengo a lavarle las piernas, señor — explicó el chico.

— Muchacho, tú tas loco —inrepó el llagado. —Vete, vete antes de que te eche de un arrempujón.

— No hará usted eso con un siervo del Señor — replicó Toñito. Vengo enviado por mi patrón, San Antonio de Padua y es su voluntad y la de Dios que yo le sirva.

Había tal convicción en las palabras de Toñito y era tan fervorosa su súplica, que Churú no pudo resistirse. Sacó al portal un taburete en que se sentó y se entregó a la operación de aseo a que lo sometió el muchacho.

Todo el pueblo se enteró de aquella hazaña. Un malediciente apuntó: “—Ña Laureana lava ropa, Toñito, su hijo, lava llagas.

Monaguillo en la iglesia, mandadero del señor cura, auxiliar del enterrador, asistente imprescindible a los velorios y novenarios, dispuesto siempre a servir al prójimo, la pasó Toñito hasta llegar a la adolescencia, cuando dispuso hablarle al padre Valencia de su aspiración a hacerse franciscano.

No quiso el buen párroco lastimar a su acólito revelándole la verdad: era muy difícil ingresar a la Institución, no por su color, que frailes negros y mulatos eran frecuentes en todas las órdenes, sino por razón de su origen ilegítimo. Había dificultades que podían vencerse sin duda. Pero ello requería mover resortes que no estaban al alcance de un simple cura de aldea.

— Está bien, padre —aceptó Toñito— He faltado a la humildad al aspirar a tanto, pero nada me ha de impedir servir al Señor y seguir consagrado al culto de San Antonio de Padua.

Los mozos del pueblo dispusieron jugarle a Toñito una mala pasada. En casa de una familia servía de doméstica una muchacha nombrada Apolonia, de agresivos senos, muy bien puestas pantorrillas y pródiga de sus favores. Ofrecieronle cinco pesos para que tentara al siervo de San Antonio y escogieron como ocasión propicia cuando éste, al apuntar el día, iba a un manantial inmediato en el que acostumbraba bañarse. Apolonia, bien aleccionada, se acercó al mancebo en momentos en que éste, sin ropa alguna, salía de darse abluciones con una totuma.

— Jé, Toñito: no pensaba encontrarte por aquí tan temprano. Da la casualidad de que yo también vengo a bañarme. Quédate aquí conmigo para que me restriegues la espalda.

Aunque falto de experiencia sexual y limpio de turbación de malicia, Toñito intuyó que estaba frente a la tentación de la carne de que se había valido el Malo para perder a los más virtuosos eremitas. Hizo la señal de la cruz, vistióse precipitadamente y emprendió a toda carrera el regreso al pueblo.

Los mozos que habían tramado aquel encuentro presenciaron el desenlace desde una mata vecina: el tentado había vencido la tentación y Apolonia no se ganó los cinco pesos.

Una sublime experiencia sorprendió a Toñito apenas entrado a la mayoría de edad. Se encontraba solo en el templo una madrugada, en éxtasis ante la imagen de su santo patrono, cuando sintió que sus rodillas abandonaban las baldosas y que todo su cuerpo se elevaba cosa de un metro sobre el suelo.

¡Levintación! ¡He tenido una levintación!
¡Dios de los Cielos! ¡Yo la más vil de tus criaturas,
he sido escogido para revelar tu grandeza!

Y entonces concluyó que era el momento de iniciar su misión. Comenzaría como San Antonio de Padua, predicando a su pueblo para luego lanzarse por el mundo. Su patrono logró multitudes de treinta mil almas. El se conformaría con mucho menos.

Se presentó a la plaza pública para predicar el amor a nuestros semejantes, “Ama a tu prójimo como a tí mismo” había predicado el que trajo la Reparación Humana — Seamos hermanos. Aborrezcamos el vicio, la crueldad, la avaricia, el ansia de mandar, los falsos halagos de la carne.

Y pronto descubrió que “nadie es profeta en su tierra”. El, para los de su pueblo, no era otra cosa que el mulato Toñito, el hijo de Ña Laureana, la lavandera, sin padre responsable y ahora un loco empeñado en llevar la voz divina.

También el Hijo del Hombre había pasado por aquella prueba. Sí. Jesús era, para los de su aldea, “el hijo del carpintero”. Y San Antonio no consiguió oyentes sino fuera de Portugal, que fue su cuna.

Y entonces resolvió buscar una vez más la comprobación de que él estaba destinado a predicar como su patrono.

Próximo estaba el mar. A él se encaminó una tarde, ya cerca del crepúsculo. Estaba a solas, frente a la llanura suspirante. Y a fuer de San Antonio, alzó su voz para llamar a los hermanos peces.

Tenía tanta fe en la efectividad de su prédica, que no se sorprendió cuando sobre la superficie de las aguas comenzaron a despuntar cabezas de peces grandes y chicos. Y mientras él predicaba, los seres acuáticos parecían atentos a sus palabras y sólo se sumergieron cuando él dio cabo a su prédica.

Y volvió por muchas tardes consecutivas a hablar a los peces y éstos siempre acudieron a su voz.

Y sucedió que una tarde un pescador vio sin ser visto lo que ocurría entre Toñito y los peces. Y por siete días el curioso volvió a ser testigo del milagro.

Y el séptimo día el pescador le salió al camino a Toñito cuando éste regresaba a su prédica vespertina.

—Toñito— le dijo. Vengo presenciando desde hace muchas tardes lo de tus prédicas a los peces. No sé de dónde viene tu virtud, pero sé que la tienes. ¿Por qué no nos entendemos? Podemos hacer mucho dinero. Tu atraes a los peces con tu prédica y cuando estén todos concentrados, yo tiendo mis redes. Partiremos las ganancias entre tú y yo. Tú podrás comprarte zapatos y buena ropa y, devoto como eres, tendrás bastante para introducir mejoras en el templo y alumbrar los altares con mil velas.

Por primera vez Toñito sintió el huracán de la cólera en su pecho. Trató de serenarse para no revelarla en sus palabras y luego dijo al tentador:

—Hermano pescador, la codicia se ha apoderado de tu corazón para perderte y ella te ha nublado el entendimiento y segado las fuentes de la misericordia. ¿Cómo pretendes tú que este humilde siervo de Dios, escogido por El para revelar su grandeza, preste la virtud que El le ha dado, para engañar a los peces? ¿Me has tomado por uno de los oradores que concentran con su verbo multitudes para ponerlas al servicio

de sus intereses y ambiciones? Has pecado en tu corazón contra Dios y sus criaturas y has querido usar a un vocero del Todopoderoso para saciar tus apetitos terrenales. Ve a hacer penitencia. Arrepiéntete y aprende la lección de hoy: la voz de los escogidos de Dios nunca ha de estar al servicio de apetitos groseros. Y da gracias al Omnipotente porque mi virtud ha sido más fuerte que tu tentación, porque mayor sería tu pecado si hubieras logrado corromper a quien ha recibido la gracia del Señor.

No se dio por vencido el tentador y a la tarde del día siguiente, cuando Toñito fue a hablar a los peces, se presentó con sus aperos. Violo el varón justo cuando se disponía a lanzar sus redes y con voz potente gritó:

— Hermanos peces, huid, que alguien quiere sorprender vuestra fe mientras escucháis mis palabras.

Y los peces desaparecieron como por encanto. Un viento huracanado sopló sobre las aguas y espesas y negras nubes precipitaron la llegada de la noche.

Al día siguiente unos vecinos que fueron hasta el mar encontraron a Antonio sobre la arena, con la cara al cielo y una suave sonrisa.

El tentador en trance de arrepentimiento reveló, trémulo de sollozos lo acaecido.

— Fue un santo. — comentó el pueblo.

Y es fama que desde entonces jamás se tendió una red en las aguas a las que antes acudían los peces a oír la palabra de Antonio, porque todos sabían que estos nunca más volverían a ellas.

EL REGRESO DE ISAAC

—Hermano: ¿y para qué le pidió Dios a Abraham que matara a su hijo Isaac?

—Para probar su fe y devoción. Abraham era un hombre de Dios y sus descendientes serían los escogidos para guardar la verdad, hasta cuando viniera el Hijo del Hombre a redimirnos con su sangre, del pecado original.

No lograba captar Gabriel Vásquez el significado de las palabras de su preceptor, un hermano cristiano que enseñaba a los niños de tercer grado. Los seguidores de San Juan Bautista de la Salle, cuatro en total, tenían a su cargo la escuela de varones del pueblo. Los alumnos oían una hora diaria de religión, asignatura dividida en enseñanza de la Historia Sagrada y del Catecismo.

Gabriel amaba oír de su preceptor las narraciones bíblicas. El hermano Enrique, aunque francés, sabía contar maravillosamente en español y sus palabras, preñadas de fe y sinceridad, anclaban en el fondo del alma del niño.

De las paredes del salón de clase pendían cuadros que representaban escenas bíblicas. Eran pinturas muy hermosas. En la primera aparecían Adán y Eva en el Paraíso Terrenal. Nuestros primeros padres estaban desnudos, apenas cubiertas las vergüenzas por los cabos de unas ramas. Sombreaba a la pareja un hermoso árbol cubierto de rojos frutos, evidentemente manzanas. Una serpiente enrollaba la longaniza de su cuerpo alrededor del árbol que daba la fruta del bien y del mal.

Seguidamente venían otras escenas: Caín y Abel, primer pleito entre el pastor errante y el labriego. El Arca de Noé, el Diluvio Universal y varios otros hasta llegar al cuadro que obsesionaba la mente infantil de Gabriel: el suspendido sacrificio de Isaac.

Ahí aparecía el patriarca luciendo una túnica ro-

ja sobre la que caía, en pliegues inquietados por el
efluvio de la memoria. Concedido. *El tiempo*

los judíos en que se quemaba toda la víctima. Era una ofrenda a Dios.

—¿Y por qué Abraham tenía que matar y quemar a su hijo?

— Porque Dios, para probar hasta dónde llegaba la devoción del patriarca, así se lo pidió. Isaac era el único hijo de Abraham con su esposa Sara, siendo los dos ya de avanzada edad, Jehová le anunció al patriarca por medio de tres ángeles que habría de tener un hijo en Sara. Y vino al mundo Isaac, de quien vendría Jacob, cuyos doce hijos fundaron las doce tribus de Israel. No era el propósito de Dios que Abraham matara a Isaac, sino tan sólo probar su fe.

—Y ahora, hermano ¿por qué no hay sacrificios de holocausto? ¿No podría ocurrir que Dios quisiera probar la fe de un hombre de hoy?

Sonrió el bondadoso preceptor mientras trataba de encontrar palabras para explicar a su curioso alumno que ya a Dios no se le ofrecen sacrificios de seres vivos. El nos dio a su Hijo para que se sacrificara por todos nosotros. Cumplida la redención, ya no hay necesidad de holocaustos.

No satisficieron a Gabriel totalmente las explicaciones del Hermano Enrique. Recurrió al Texto de Historia Sagrada y su desconcierto fue mayor. Por él se enteró de que Abraham no sólo estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo único por mandato de Jehová, sino que caminó tres días para llevarlo al lugar donde ha-

bía de ofrecerlo en holocausto; luego lo hizo cargar la leña en que había de quemarlo y caminó a su lado portando en una mano el cuchillo y en la otra el fuego. Y cuando Isaac, llamándolo “Padre mío” le preguntó dónde estaba la víctima para el holocausto, el patriarca se limitó a contestarle: “Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctimas para el holocausto”.

El grito del ángel detuvo el cuchillo filicida.

De los personajes bíblicos, Abraham llegó a ser el más odioso para Gabrielito, más que él mismo Caín. Y el niño no podía menos que preguntarse si su padre, que era un ferviente católico, sería capaz de sacrificarlo a él si Dios se lo pidiera.

Bajó la calidad de Gabriel como estudiante, lo que le valió una estimulante reprimenda por parte del hermano Enrique. Y no era que el niño se dedicaba a hacer travesuras, sino que se pasaba las horas de clase con los ojos fijos en el cuadro que tanto lo impresionaba. Aquello llegó a constituirse para él en una idea fija.

La noticia cundió con rapidez entre la chiquillería del pueblo: Abraham Martínez había anunciado desde el portal de su casa, una noche, bajo los efectos de la chicha fuerte, que estaba dispuesto a ahorcar a su hijo Isaac.

Los adultos no hicieron caso de la especie, mas los muchachos y muy especialmente Gabriel, se sintieron aterrados.

Abraham Martínez era un hombre de bien. En un tiempo había servido de policía. Cuando exigieron que para ser agente del orden público era requisito indispensable saber leer y escribir, él que era analfabeto, entregó su placa y se retiró del servicio para dedicarse a las cosas que antes hacía: barnizar y pintar casas, ganar camarones cortando yerba para caballos de pesebrera, coger goteras, pisar barro y... de vez en cuando tomar chicha fuerte preparada por María Lao, su esposa, en compañía de algunos amigos del Barrio del Calvario.

Vivía Abraham con su compañera, dos hijos y dos hijas. Su mujer ayudaba con la plancha y la familia pasaba sin nada de lo superfluo, pero sin necesidades extremas.

Isaac, el primogénito de la familia, era de apariencia enfermiza. Pálido hasta hacer indeterminables los factores de su mestizaje, de descoliridas encías, labios lívidos, vientre abultado y ojos inyectados de amarillo, daba la impresión de que se había detenido en su crecimiento desde los siete años cuando ya contaba diez.

No andaba mejor su desarrollo mental. Los otros muchachos de su misma edad cursaban el tercer grado mientras él se mantenía como repetidor del segundo.

La crueldad irreflexiva de sus compañeros lo llenó de apodos, entre los que prevaleció el de "yuquilla", nombre de un tubérculo silvestre que secreta un jugo amarillo usado entre los campesinos para teñir fibras textiles.

No tomaba parte el niño enfermo en los juegos de sus compañeros. En los recreos, mientras los otros retozaban alborozados, él buscaba la sombra de un mango y se la pasaba mirando con ojos inexpresivos lo que ocurría a su alrededor.

¿Por qué Abraham Martínez había anunciado que iba a matar a su hijo: ¿Sería que Dios le había pedido que se lo sacrificara?

Aquellas preguntas golpeaban incesantemente en el cerebro de Gabriel. Estuvo a punto de preguntarle al hermano Enrique, pero no se atrevió a hacerlo. Después de haberse enterado de lo que el padre de Isaac se proponía hacer, en la escuela no volvió a tener ojos ni atención para otra cosa que para el cuadro que tanto venía obsesionándolo. Ahora lo veía de otra manera. Abraham se le antojaba como su tocayo vernáculo: rostro moreno, descomunales y retorcidos bigotes y cabello lanoso. En cuanto al mancebo, su hijo, su imaginación lo transformó en el chico cetrino y revejido apodado “yuquilla”.

Dos noches después de haber anunciado Abraham Martínez su propósito de ahorcar a su hijo, otra vez bajo la influencia de la chicha fuerte, reiteró que tal haría al día siguiente, domingo, muy temprano.

Gabriel no se explicaba por qué Isaac no huía de su casa. ¿Iba a esperar tranquilamente a que su papá lo colgara del guayabo del patio, como venía amenazando hacerlo? Y María Lao, la madre, ¿por qué no

le daba parte a la autoridad? ¿Estaba ella de acuerdo con el sacrificio de su hijo?

—Mañana temprano yo ahorco a Isaac aquí en el patio de mi casa y el que quiera verlo, que madrugue porque lo colgaré tan pronto como asome el sol.

Tras una noche de sueño angustioso, Gabriel se levantó con las primeras clarinadas de los gallos. Casi todos los chicos del pueblo habían hecho lo mismo que él y acudido a ver cómo Abraham Martínez cumplía su terrible amenaza. Salvo algunas mujeres que habitualmente mañaneaban con sus cántaros y latas a buscar agua a un pozo vecino, no había adultos entre los concurrentes. Ni el alcalde, ni los padrinos de Isaac, ni los policías, como si aquello no tuviera importancia alguna.

Ya Abraham Martínez se encontraba bajo el guayabo. Su rostro no denotaba emoción alguna. Tan sólo en su frente se había acentuado el pentagrama de las arrugas.

Junto a él, de pies y con la cabeza inclinada, más cetrino que de costumbre, estaba Isaac.

El padre pasó por la cabeza del hijo una soga anudada, cruzó con el otro cabo la rama más baja del guayabo y comenzó a cobrar lentamente hasta obligar a Isaac a aguirse sobre la punta de los pies.

— ¡Papá! ¡Papá! ¡Por Dios! ¡No me ahorques! ¡Yo te prometo no volver a hacer eso más!

— Fíjate bien lo que prometes, Isaac, porque si no lo cumples, lo que es la próxima vez no tendré piedad de tí, dijo solemnemente Abraham.

— Sí, papá. ¡Te juro que yo nunca, nunca más volveré a comer tierra.!

EL REGRESO

La hacienda de don Santiago se extiende a la margen izquierda del río. Acopla varios centenares de hectáreas sembradas de pasto.

Don Santiago abarca con sus ojos cansados todo el panorama. El río transcurre murmurante por su lecho pedernoso. Es cristalino en la estación veranera. Las aguas han formado un profundo canjilón bordeado por guabos, barrigones y espavés.

Circunda el enorme valle una ronda estática de colinas doradas entre las que se destacan algunos enhiestos picos de azul añilino, de caprichosas formas. Domina el círculo irregular una cima que remeda un águila con las alas casi plegadas.

Don Santiago adquirió la propiedad cuando todavía la carretera no había penetrado en la región. Entonces él hacía la travesía del pueblo a su incipiente hacienda, a lomo de caballo. Dos horas largas que el nuevo camino asfaltado redujo a quince minutos.

Entonces, cuando no había carretera, los viajes de don Santiago a su propiedad eran espaciados. Ahora son diarios y en automóvil.

No se fastidia el hacendado de contemplar el paisaje. Es como si diariamente descubriera sus encantos paradisíaco. Oye arrobado el canto bullicioso e inarmónico de los pericos que en nubes glaucas lo quean por el espacio para posarse sobre los mangos cargados de frutos.

Esta tarde don Santiago trajo consigo al mayor de sus nietos, por el que siente manifiesta predilección.

Mientras el anciano se acomodó en amplia butaca de cuero, bajo el alero de la modesta y cómoda casa de teja y quincha que ha edificado sobre el barranco que se levanta a veinte metros de la margen del río, Antonio, el nieto preferido, ha lanzado sus nueve años repletos de salud y energía al asalto de los

árboles frutales de la hacienda y al arreo caprichoso y veloz de los terneros.

No tiene el abuelo por qué preocuparse por Toño. El muchacho es fuerte y sabe valerse por sí mismo. Apenas dio los primeros pasos, se inició en la natación en los remansos inmediatos del río. Las vacas de ordeño son mansas. El las conoce todas y las llama por sus nombres. No hay animales peligrosos por los alrededores. El, Toño, armado de una honda de ligas, podría ser un peligro para las distintas especies de aves que comparten ecuánimemente el disfrute del paisaje. Pero para su desesperación y seguridad de las aladas, Toño no ha logrado todavía acertar una sola vez en sus tentativas de exterminio.

— “Toño, Toño” — modula apenas don Santiago. Y su mente bucea en su pretérito. Penetra hasta las profundidades de su remota infancia.

El, don Santiago, no fue un niño feliz. Acaso lo fue cuando no podía aún tener conciencia de su felicidad. Nació de padres cordiales y amorosos, pobres y de numerosa prole. Ambos murieron en menos de un año, cuando Santiago, uno de los menores, apenas alcanzaba los seis años. Su padre, dedicado al ejercicio de la medicina, no les legó más bienes que la casa provinciana de teja, una reducida botica y una tienda de mercancías secas que no se había repuesto aún de los saqueos de la última guerra civil. Sobre ello, el viejo dejó en toda la comarca una sana reputación de hombre bueno y servicial. Santiago tuvo el privilegio de heredar la gracia de su padre.

El anciano tenía como cosa milagrosa su formación bajo el cuidado de sus hermanos, mayores que él, pero aún todos menores de edad. La escuela primaria, donde estudió afanosamente en los cuatros grados que la formaban. Luego, un internado de pocos meses en un colegio privado de la capital. Y seguidamente, la lucha por la vida. Un largo y empeñoso curso de hombría que él pasó victoriosamente. Magisterio, carrera judicial, puestos de administración, prestigio político e influencia con los directores de los partidos de oposición cuando éstos llegaron al desempeño del gobierno.

Ahora se siente retirado de los afanes de la política. Vive para su mujer, sus hijos y los nietos que le han venido de los matrimonios de sus dos vástagos varones.

Prefiere entre ellos a Toño, ya por ser el primero, ya porque lleva el nombre de su hijo muerto, a quien le encuentra parecido.

Ama en Toño al hijo que se fue y de cuya muerte jamás se ha consolado.

Aquel Antonio, el ido, nació enfermo. Una deficiencia renal ante la que fueron impotentes los más reputados clínicos del país.

El niño tenía la precocidad que no es infrecuente en los que nacen sentenciado para una muerte prematura. Lucía un regocijante sentido de humor y una inclinación enternecedora a expresar su amor a sus padres y hermanos con inefables palabras y caricias.

Más su advenimiento sembró una preocupación creciente en sus padres. Sus micciones eran frecuentes, casi ininterrumpidas. No mermaron con el crecimiento.

Los médicos apenas osaron prescribir una conducta. el niño no debía tomar parte en los juegos y ejercicios que provocaran cansancio físico. Había que evitar los resfriados, pues su organismo no los resistiría. ¿Medicinas? Algunas, las necesarias para despertar en los padres la esperanza de que el mal podría reducirse a un mínimo.

Nunca hubo criatura mejor cuidada ni más mimada que Toño. Todos lo querían, acaso porque su precaria salud apagaba en su cuna cualquier inclinación a envidiarlo por inteligente y por mimado.

Las incontinencias de micción eran la preocupación mayor de los suyos y el pecado original de su vergüenza. Su cama era recolchonada con frecuencia para impedir el desagradable olor a ácido úrico.

El menor malestar de Toño empinaba el alerta de los padres.

Cuando se abrió la carretera que marginó su hacienda, don Santiago trajo por primera vez consigo a Toño. Desde entonces jamás vino sin él. Y mientras sus hermanos y amigos se divertían corriendo por las orillas ribereñas, trepando árboles y escalando colinas, Toño permanecía al lado de su padre, dialogando con él desde sendas hamacas ahorcadas bilateralmente en los horcones del amplio portal.

—“Papá: cuando yo me cure te quedarás aquí solito porque entonces yo me iré a jugar con los otros”— le dijo un día Toño a don Santiago.

El padre hizo un esfuerzo para ahogar el sollozo que hinchaba su pecho. Limpió los vidrios de sus espejuelos que habían empañado unas lágrimas.

—“Sí, hijo. Me quedaré solo por un rato, mientras tú te diviertes con ellos”...

—“¿Y si no me curo, papá?” — insistió el niño.

—“Tú te curarás, hijo mío” — mintió casi sollozante el padre.

El regreso de la chiquillería cargada de frutas, gritos y exclamaciones canceló el torturante diálogo.

Un solo deporte había en el que Toño podía tomar parte: la natación. En el remanso inmediato las desventajas físicas de Toño desaparecían. Su padre desde temprano lo enseñó a nadar. Toño se sentía parcialmente compensado cuando lograba vencer en regata a sus hermanos y amigos, en el cruce de una orilla a la otra.

Más tarde surgió otra inclinación compensatoria para Toño: la riña de gallos. Su padre tenía la más reputada cría de aves reñidoras a muchas leguas a la redonda. Toño aprendió a cuidarlos. Don Santiago lo introdujo a la gallera llevando en cada mano un futuro vencedor.

Ya apuntaba Toño hacia la adolescencia cuando sintió inclinación amorosa por una muchacha de su edad. Y como don Santiago era su amigo de mayor intimidad, fue a él a quien primero se lo dijo.

—“Está bien, hijo. Ya crecerás y te casarás con ella. Yo hablaré de eso con sus padres.

Supieron éstos lo del amor de Toño por su hija y, nobles y compasivos, lo acogieron con simpatía. Padre y madre llamaron desde entonces “yerno” al niño enfermo.

No era aconsejable enviar a Toño a un colegio. En el internado sufriría al ponerse de manifiesto su mal. Ni era posible imponerlo a las familias afines residentes en la metrópoli.

—“Yo me dedicaré a cuidarte lo tuyo, papá” — solía decirle Toño a su padre cuando intuía en éste preocupación por su futuro.

Don Santiago colmaba de regalos a su retoño enfermo. Era también espléndido con sus otros hijos. Para las fiestas navideñas, la casa se llenaba de juguetes.

—“Mis hijos reciben en una sola Navidad más regalos que todos los que mis hermanos y yo recibimos a lo largo de nuestra infancia” — solía decirle don Santiago a su esposa, satisfecho de reparar en sus hijos las limitaciones de su orfandad.

Fueron frecuentes las hospitalizaciones de Toño. La menor malagueza, un repentino estornudo, llevaban a sus padres a internarlo en el hospital del pueblo o cargar con él para los más modernos de la capital.

Un resfriado hizo presa en Toño el asomo de la estación seca, principios de diciembre, cuando la brisa norte iniciaba sus caricias de copas de palmas y árboles y las corrientes de los ríos se hacían claras y delgadas.

Del hospital del pueblo, donde permaneció pocos días, Toño fue llevado al de la capital.

Fueron aquellas semanas angustiosas. Mientras los más de los padres de familia se preparaban para una feliz navidad, los de Toño y sus parientes más inmediatos permanecían concentrados, vigilantes, junto al lecho del adolescente enfermo.

El resfriado iba minando a galope la resistencia del muchacho. El parecía consciente de su próximo fin. Acaso pensara que no valía la pena seguir viviendo con un mal que le había negado la vida normal de la infancia y que le negaría también los halagos del amor y de la lucha por ganar en su medio una posición halagadora.

Ya próxima la Navidad, un médico compasivo mintió caritativamente a la familia. Contra todos los diagnósticos pesimistas de los más reputados clínicos, él sostuvo que el muchacho curaría. Era un médico de provincias de larga experiencia y reputación milagrosa.

Hubo un respiro para los deudos de Toño. Algunos llevaron arbolitos de Navidad a sus hogares y sacaron los tradicionales retablos de los estantes en los que se guardaban el resto del año.

Un sacerdote oyó en confesión al adolescente sin pecado, más que purgado de su falta de ser hombre por largos sufrimientos y desesperanzas.

Y el veintiséis de diciembre, después del Gran Día, la muerte, la gran liberadora, puso fin a la vida frustrada de Toño.

Don Santiago, al evocar la biografía de su hijo, lloró como el día mismo de su deceso. Estaba solo. No tenía por qué solapar su dolor.

Antes, mucho antes de que Toño viniera a su vera, él había leído y retenido las estrofas de Fernández Shaw:

Cuando era joven y me embriagaba
con ilusiones de que hoy me río,
soñé ser dueño de grandes tierras
y hoy tengo un trozo de tierra mío...

Sus juveniles aspiraciones de tierra se había colmado. Tenía esta hacienda y otra tan grande en el llano. No era rico, pero sus propiedades le aseguraban una vejez sin preocupaciones.

La pérdida de Toño le había mermado la atracción material por sus fincas. La otra, la del llano,

apenas la visitaba. Mas se sentía unido a ésta, orillera del río, porque ella había sido el escenario favorito de Toño. Toda estaba llena de su recuerdo, de su presencia.

Quedaba, allá en el cementerio del pueblo, un pedazo de tierra a la que no osaba acercarse por miedo de que se le rompiera el corazón. Y otra estrofa del poeta español volvió a su recuerdo:

Con él descansan todos mis sueños
de amor, de gloria y de poderío;
y ante los cielos y ante los hombres
aquel pedazo de tierra es mío.

Aquel trozo de tierra donde descansaba para siempre Toño, era lo único positivamente suyo. Allí, junto a los restos de su hijo, descansaría él eternamente.

Y vino a su cerebro el panorama del cementerio sombreado por las equis imperfectas de las cruces, con lápidas de nombres familiares. Cerca discurría un arroyo. Al entrar la estación lluviosa, los ciruelos inmediatos pondrían las guirnaldas de sus frutos. Ahora, que se iniciaban las lluvias, la brisa descendería desde los montes inmediatos a susurrar sus ingenuas jaculatorias sobre las tumbas.

Don Santiago había acabado de sollozar. Limpió los vidrios de sus espejuelos, trató de aclarar la voz con un desgarrón y como en vida de su hijo Toño, el primer Toño, lanzó al aire el grito requeridor:

—“Toño! ¡Toñooooooooo!

El eco devolvió el llamado y en un desafío de voces, don Santiago volvió a llamar sin definir en su interior si sus llamados eran para el hijo muerto o para el nieto vivo.

—“Ya voy, papá Tiago, ya voy! ” — contestó al cabo la voz infantil y sonora del nieto.

Al fin, el niño sano y fuerte cruzó la “Y” de la horqueta que interrumpía la cerca de alambre de púas. Traía los cabellos alborotados, las ropas en desorden, los zapatos sucios de tierra y monte y el rostro sudoroso. En un bolsillo trasero llevaba un biombo y en las manos sostenía su amplio sombrero regional colmado de mangos, caimitos y marañones.

— ¡Cómo se parece al otro! — sintió, más que dijo, el abuelo.

El niño, una vez cruzada la horqueta, se precipitó feliz hacia su abuelo que lo esperaba con los brazos abiertos.

— ¡Mira, papá Tiago! — le dijo con voz entrecortada por el cansancio y la emoción. — ¡Mira todo lo que traigo! —

Y depositó a los pies del abuelo su sombrero repleto de frutas.

— ¡Toño! ¡Toño! ¡Hijo mío! ¡Cómo has vuelto! ¡Eres el mismo, pero sano y fuerte!

El anciano apretó contra su pecho al infante.

—“Sí, papá Tiago. Aquí estoy. No me ha pasado nada”.—

Don Santiago prorrumpió en sollozos mientras el niño inocentemente reía de sus lágrimas.

Abajo del barranco, el río serpenteante entre las piedras, parecía remedar en sus murmullos el llanto del anciano y la risa del niño...

INDICE

LA GALLINA DE DESIDERIO	11
LOS PECES DE TOÑITO	49
EL REGRESO DE ISAAC	61
EL REGRESO	71

COLECCION MULTIPLE – Títulos publicados

MARTINEZ, José de Jesús, LIBRO PARA RODAR, poesía

JURADO, Ramón H., UN TIEMPO Y TODOS LOS TIEMPOS, cuento.

OCHOA LOPEZ, Moravia, GANAS DE ESTAR UN POCO VIVOS, poesía.

FRANCESCHI, Víctor M., APOCALIPSIS, poesía.

YOUNG NUÑEZ, César, CARTA A BLANCANIEVES, poesía.

FERRER VALDES, MANUEL, LA MUERTE DE LA OPERA EN LA SELVA, cuento.

ALVAREZ, Rosa E., EL ALBA PERDURABLE, poesía

CHUEZ, Enrique, LA MECEDORA, cuento.

PERALTA, Bertalicia, LIBRO DE LAS FABULAS, poesía.

McKAY, Roberto, PRODUCCION TOBANGO, poesía.

TEJEIRA, Gil Blas, CUATRO CUENTOS INEDITOS, cuento.

HERNANDEZ, Javier H., QUIXOTENAUTAS, poesía.

“CUATRO CUENTOS INEDITOS” de Gil Blas Tejeira se terminó de imprimir en marzo de 1977 en los Talleres Gráficos de La “Editora de la Nación”. Publicado por Ediciones INAC Panamá en una primera edición que consta de 2,000 ejemplares.



COLECCION MULTIPLE
SECCION CUENTO

No.11

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA

Pareciera que estas cuatro narraciones fueran su último legado a las letras panameñas. Ejemplo vivo de quien después de haber acumulado una maciza experiencia de la vida, que no fue siempre feliz para Gil Blas, podía dejar un hermoso testimonio de lo que bulle en las mentes y corazones del ser humano. Son cuentos edificantes e inspiradores, creados por quien deseaba ennoblecer y humanizar a sus lectores con hechos y sucesos ficticios, pero verosímiles, para ejercer una función docente sin proponérselo.

Estoy seguro que los cuentos de Gil Blas serán recibidos con placer por grandes y chicos, y dejarán en los lectores el sabor de lo que tiene la virtud de agradar sin alcanzar el punto de saturación de lo que empacha.

La imaginación creadora de Gil Blas ha concebido y realizado cuatro narraciones que bien merecen el calificativo de ejemplares, tal como lo había entendido el famoso Miguel de Cervantes Saavedra, padre espiritual de Gil Blas Tejeira, consagrado escritor nacional, a quien veneramos y ofrecemos una prueba más de nuestra amistad.

ISMAEL GARCIA S.